

Sobre unos problemas de traducción

Mady Dethier-Rongé

Institut supérieur de l'Etat de Traducteurs et Interprètes,
Bruxelles

No pretende esta ponencia traer algo nuevo. Puede parecer usado ya el tema por el número de libros, artículos dedicados por eminentes lingüistas. No faltan los trabajos que se exponen en congresos sobre la traducción y no tengo ni el descaro ni la osadía de creer que podría yo, después de otros tantos lingüistas destacados, enseñar descubrimientos inéditos. La experiencia, en todos los campos, es ayuda importante, irremplazable. Hasta se puede sacar provecho de los errores, los propios y los ajenos. Y Dios sabe si, a lo largo de tantos años de enseñanza, se nos da la oportunidad de encontrarlos. Errores, faltas, claro, pero también hallazgos asombrosos, invenciones estupidas que me hacen lamentar no haberlas encontrado yo.

Así quisiera suministrarles una serie de problemas prácticos con los que se enfrentaron mis estudiantes. Me doy cuenta de que, en muchos de los casos, es difícil dar una resolución tajante que obedeciera a las reglas de la teoría de la traducción, sin vacilar. Se ha establecido firmemente que no basta una enseñanza práctica para formar traductores. Y no sería digno de su nombre el instituto que no daría a los alumnos una base lingüística seria.

Me mato cada año repitiendo que vamos preparando a los estudiantes a su futura tarea para cuando tengan que solucionar los problemas prácticos o mejor dicho a buscar una solución satisfactoria. En su *Introducción a la Teoría y Práctica de la Traducción* subraya Valentín García Yebra: "... difícil equilibrio entre la teoría y la práctica. [...] Me sentiré satisfecho si la obra, en conjunto, no se inclina demasiado en ninguno de los dos sentidos. En todo caso, si hay inclinación hacia un lado, me gustaría que fuese hacia el de la práctica."

¿Me atrevería a añadir: a este respecto estoy conforme del todo?

Que quede bien sentado que sólo cabe una opción: la fidelidad al texto original sin restar espontaneidad y fluidez. Sin embargo, no podemos olvidar que cada idioma tiene sus peculiaridades; a veces resultarían chocantes unas traducciones demasiado fieles. A mi parecer, el lector de una obra traducida no ha de percatarse de la dificultad con la que se enfrentó el traductor. Tampoco me convencen las notas al pie de las páginas explicando los términos sin equivalencia válida. A no ser que se trate de un texto científico o técnico con palabras cuyo sentido exacto resulta imprescindible para la comprensión minuciosa.

Voy a ilustrar mi propósito con ejemplos y sugerencias. Les quedaría muy agradecida si, al finalizar, me dieran Uds. su opinión sobre casos concretos.

Desde la escuela de Toledo se enseña la práctica de la traducción. Pero fue mucho más tarde que salieron a luz unos libros dedicados a la teoría de la traducción como

los de Fedorov, Georges Mounin, Vinay et Darbelnet entre otros muchos. Debo mucho también a uno de los teóricos españoles de la traducción, Valentín García Yebra, miembro de la Real Academia española, quien me honra con su amistad. Deudor de Mario Wandruszka (a través de la versión castellana de Elena Bombín con el título *Nuestros idiomas: comparables e incomparables*), Valentín García Yebra organizó en 1974 en la Complutense un Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores. Reunió en varios libros titulados *Teoría y Práctica de la Traducción* la mayoría de sus explicaciones de clase.

Cuando tuve mi primer contacto con *Stylistique comparée du français et de l'anglais* de Vinay et Darbelnet, me enteré de que existía algo similar para el alemán, escrito por Malblanc. La editorial Didier me aseguró, en aquel entonces, que una publicación para el castellano era inminente. Que yo sepa, todavía no existe.

Parece a veces muy sencilla la traducción, se hace casi automáticamente como si fuera interpretación simultánea. Al traductor no le queda más que averiguar que ningún elemento de la lengua de origen se ha olvidado al pasar a la lengua de destino.

Para ordenar un poco la exposición de los casos que se plantearon a los estudiantes, quisiera utilizar el esquema de Vinay et Darbelnet, aplicado esta vez a la comparación del castellano con el francés.

En el dominio de la traducción directa se sugieren tres procedimientos:

- 1) el préstamo
- 2) el calco
- 3) la traducción literal.

En el dominio de la traducción oblicua, requerida por revelarse inoperante la directa, se presentan

- 1) la transposición
- 2) la modulación
- 3) la equivalencia
- 4) la adaptación.

Huelga decir que se pueden encontrar, en una misma frase, varios de esos procedimientos ideados por Vinay et Darbelnet.

Veremos que pueden corresponder a tres aspectos de la lengua o sea el léxico, el arreglo (o la disposición) y el mensaje.

El léxico puede distar bastante en sus campos semánticos. Los diccionarios sólo proponen el sentido general sin detenerse a explicar las diferencias de sentido o de uso que, a menudo, existen entre dos palabras. Sería interesante un repertorio de valores semánticos que pusiera de relieve el uso distinto de unas palabras, a primera vista, equivalentes. Aquí yace la mayor dificultad: refiriéndonos a las definiciones, podemos creer que una palabra vale otra; sin embargo, al uso nos damos cuenta de que en la realidad la cosa va muy distinta.

El adjetivo español "flexible", por ejemplo (así como su antónimo "inflexible"), cuyo campo semántico es mucho más amplio que el de su correspondiente francés "flexible" (e "inflexible"):

un sombrero flexible = un chapeau mou (ou encore un chapeau souple);
una persona flexible = (sentido figurado) une personne accommodante.

Podría multiplicar los ejemplos.

Relativamente al léxico, no podemos pasar por alto los casos de "lagunas" tanto lingüísticas – que no tienen correspondiente en la lengua de destino – como "meta-lingüísticas" – que no tienen correspondiente por no conocerse la cosa en la otra civilización.

Ilustración del primer caso: una palabra muy corriente en francés: "soirée". No sintió el español la necesidad de asignar un término propio a esta realidad. Tenemos que elegir entre "noche" y "velada", reunión nocturna para solazarse de algún modo.

Al pasar revista a los diferentes procedimientos de traducción propuestos, encontraremos las maneras de colmar este vacío, entre otras por el préstamo.

También tenemos que evitar la trampa de los "falsos amigos" que son, como dicen Vinay et Darbelnet, esas palabras que se corresponden por la etimología y por la forma pero que, después de evolucionar dentro de dos idiomas lo mismo que dos civilizaciones distintas, han tomado sentidos diversos.

Sería un error grave, al encontrar "criollo" en el texto siguiente, traducirlo por "créole" ya que las acepciones en francés y en español no se solapan.

Leemos en el *Robert*: "créole": personne de race blanche, née dans les colonies intertropicales (Antillas); persona de raza blanca, nacida en las colonias intertropicales (Antillas).

En el *Drae*: "criollo": dicese de los americanos descendientes de europeos.

Así que, en esta frase por ejemplo: "Podría ocurrir que el destinatario de la carta se llamara Antonio Bogotá, o Antonio Sudamérica, o Antonio Colombia, un criollo con residencia en París (Jesús Zárate, *El Cartero*). No cabe ninguna duda de que condría una traducción como "un sud-américain vivant á Paris".

Uno de los problemas de la técnica literaria es el de las muletillas: se trata de palabras o expresiones "de las que se intercalan innecesariamente en el lenguaje y constituyen una especie de apoyo en la expresión" (María Moliner). Pero muy expresivas. "Qué más quisiera yo", "dale", "pues", "vamos", "las cosas como son", "tú me dirás", "y eso", "que", "cuidado" ... Tenemos que encontrar comodines en la lengua de destino aunque no sean exactamente equivalentes. A lo mejor es una de las dificultades mayores de expresar en francés un término muy castizo pero eminentemente afectivo y subjetivo. Palabra expletiva las más veces que sirve para llenar un vacío o subrayar lo dicho. Y el mismo bordoncillo puede tener una traducción distinta según el contexto. En *Cinco horas con Mario* de Miguel Delibes (que no se tradujo al francés, hasta por lo menos 1982), se usa y se abusa de la palabra "menudo". Colocado delante del sustantivo, puede, según, traducirse por "fichu, sacré, drôle, ..."

"Con el adjetivo solo, frecuentemente en femenino cualquiera que sea el género de la cosa de que se trata, se confirmó ponderativamente algo dicho por otra persona: 'Creo que tiene mucho dinero. ¡Menuda!' (María Moliner)."

Pues en el *Mario* de Delibes, resultó muy difícil colocar ese tic de lenguaje de la protagonista:

- p. 29: Y los grupos bullían y cuchicheaban. "¿Quién es? ¡Menuda!
Lo mismo es la queridonga";
p. 43: ¡Y cómo se puso Encarna! Menuda, creí que le tragaba, palabra ...

En esos dos casos yo pienso que "menuda" tiene dos sentidos muy diferentes. El primero sería sinónimo de "une traînée" y el segundo, "pour de bon".

Los préstamos, los encontramos ya en los textos españoles. Se trata principalmente de anglicismos y de galicismos, utilizados sea para designar una realidad extranjera que no tiene equivalencia en España (busing, clochard) sea por razones estilísticas o por cierto esnobismo (gap, bluff, engagé, impasse).

Distinguimos varias categorías: las palabras extranjeras propiamente dichas (boom, hippy, dossier, gaffe, ikastola), las palabras españolizadas (chequear, insiderismo, gauchista, drogadicto) y los préstamos semánticos es decir "aquéllos que, atacando una zona de significación perfectamente atendida por una palabra española, tratan de desalojar o arrinconar a ésta, válidos de su filiación española, latina o griega, y sin añadir el más ligero matiz significativo" (E. Lorenzo, *El Español de hoy, lengua en ebullición*).

Es obvio que el préstamo como procedimiento de traducción es el más sencillo ya que se limita a introducir en la lengua de destino un elemento recogido tal cual en la lengua de origen para colmar una laguna o a veces para dar al texto un matiz color local. Unos términos de este tipo tuvieron éxito y hoy día se incluyen en la mayoría de los diccionarios. Cito entre otras palabras: hacienda, peón, poncho, sombrero, etc., introducidas desde hace muchísimos años y que no plantean ningún problema al traductor.

En cambio, ¿cómo reaccionar frente a palabras como "botijo, porrón, pollera único, jalca"? Dos soluciones se ofrecen. Traducir por una epífrasis, lo que quita todo efecto pintoresco. O adoptar la palabra sin cambio, lo que obliga al lector a recurrir a una nota del traductor al pie de la página. A mí, este recurso me parece fastidioso a no ser que se trate de un texto técnico o científico.

En la traducción inédita de unos cuentos, una estudiante española encontró varios casos metalingüísticos. En *La urraca cruza la carretera*, empieza así el cuento: "Cuando le pasaron la bota, bebí". Después de averiguar en el Moliner, escribe la joven: "Claro está que, en un caso como éste, el traductor sólo puede dejar el término en español y explicar su significado a los lectores mediante una nota".

¿Por qué sobrecargar la traducción con esas añadiduras redundantes? Además, la nota era: "récipient pour le vin fait de cuir". En otras palabras, podía ser la definición de "outré".

Claro, en este tipo de lagunas metalingüísticas, tenemos que distinguir las lagunas puramente lingüísticas, sin correspondientes en la lengua de destino y las lagunas extra-lingüísticas.

Para sostener esta afirmación, me respaldarán unas líneas del manual de *Lexicografía* de G. Haensch, L. Woef, S. Ehinger y R. Werner, Madrid, Gredos, 1982:

"El que se haya ocupado teóricamente de problemas de la traducción sabe perfectamente que, en la práctica, nunca es posible encontrar en la lengua de destino un conjunto de significantes al que corresponda un contenido que se componga exactamente, desde el punto de vista semasiológico, de los mismos elementos que el contenido que corresponde al conjunto de significantes dado en la lengua de origen."

Más difícil es el dilema ante el cual nos encontramos cuando no hay equivalentes por razones extra-lingüísticas, porque la misma "cosa" no existe en la otra civilización. Me quedé muy perpleja frente a la traducción de esta frase: "Le incrustó Jalisco con sangre de Conga en la mitad del cráneo." (Jesús Zárate Colombiano, *El Cartero*). Después de mucho indagar y por más detalles me he referido a la novela para aclarar – si se podía – con el contexto. Y en efecto, pude leer en la frase anterior: "Refiriendo una pelea en un bar, donde un borracho lastimó la cabeza a otro con un disco, el cronista había dado esta versión: 'Le incrustó [...]'". Así se trataba del famoso título de música mejicana titulado "Jalisco". En cuanto a "sangre de Conga", me enteré de que la conga es, a la vez, un baile de América latina y un insecto dañino que simboliza malignidad. Eso no resuelve el problema de la traducción. No se puede ni pensar en dejarlo así, menos todavía explicarlo por una nota al pie de la página. Así que permanece entera mi perplejidad.

El calco es una imitación particular ya que se toma de la lengua extranjera el sintagma pero se traducen literalmente los elementos componentes.

Puede ser un calco de expresión o un calco de estructura (ciencia-ficción, por ejemplo). En el *Tratado de las melancolias españolas* de Guillermo Díaz-Plaja, (refiriéndose a textos de Blanco White) comenta Juan Goytisolo: "Conflicto de creencias o ideologías opuestas sin duda, pero sólo el *cainismo* y la vieja saña hispánica pueden explicar su prolongado rigor y sus atrocidades".

En el modelo de numerosos términos con el sufijo -ismo (mahometismo, socialismo, ...), creó *cainismo*. Claro que se podría crear sobre el mismo modelo "cainisme". Pero, ¿no sería más explícito decir "haine fratricide"?

Ha llegado el momento de hablar del caso de los nombres de lugares. No cabe duda de que no está resuelto el problema. Sin embargo, a veces, puede ser un rompecabezas.

Ya sé que a los problemas lingüísticos se añaden concepciones nacionalistas estrechas. No nos inculcaría el buen sentido dejar su nombre a un país, a una ciudad [...] sin traducir. Eso evitaría a un francés que sale de Bélgica de equivocarse porque

no pensó, ni por un momento, que Rijsel que acababa de leer quería decir "Lille". Otra cosa es a mi manera de ver si se trata de un "lugar llamado". Todos sabemos lo que Downing Street o Fifth Avenue però mucho menos "La Fuente del Ángel" o "La Pajarera".

Así que en esta coyuntura propongo el calco a pesar del consejo del propio autor Miguel Delibes en su difícilísima novela *Cinco horas con Mario*.

Tenemos que subrayar que muchas veces los calcos son viciosos. Eso ocurre con la expresión "Prefecto Apostólico", utilizada en el mismo clero en América latina para designar una jurisdicción que, según lo entendido, podría ser algo como "le Doyenné" pero que Georges Pillement, en la traducción de *La Vorágine* utiliza "Préfet Apostolique".

De la misma manera en *La Mala Hora* de Gabriel Gracia Márquez, admitimos la misma traducción:

"Dentro de pocos años, iré a decirle al Prefecto Apostólico; ahí le dejo ese pueblo ejemplar." (p. 48); "... me acuerdo como si lo estuviera viendo, en la Fuente del Ángel, en el segundo banco, según se entra por la Pajarera a la derecha ..." (p. 132).

La traducción literal es quizás el recurso más lógico cuando nada impide el paso directo de la lengua de origen a la lengua de destino. Las servidumbres lingüísticas son la única preocupación interesante si permite conservar unas imágenes, unas expresiones ideadas por el autor. Así se respeta no sólo el estilo sino también las originalidades que no puede cambiar el traductor aunque le parecen raras. En la página 54 de *La Mala Hora* escribe García Márquez: "El sirio se hacía cortar el cabello todos los lunes. De ordinario doblaba la cabeza con una especie de fatalismo y roncaba en árabe ..."

El autor quiere llamar la atención, al utilizar este giro. Conservémoslo en la traducción (il ronflait en arabe) ya que es atildamiento insólito tanto en español como en francés. El efecto perseguido se prolongará en la traducción. Que quede entendido que no debe ser una meta el evitar la traducción literal.

Sustituir parte del discurso por otra sin cambiar el sentido del mensaje, es decir en operar unos cambios en las categorías gramaticales, eso es el procedimiento de la **transposición**.

Puede ser dando consistencia, depurando o intercambiando. En *Los Perros hambrientos* de Ciro Alegría, la estudiante tradujo la frase: "Pero su calidad humana se crispaba en las manos implorantes y brillaban en los ojos llenos de súplicas" por "Dans leurs mains crispées et implorantes, dans leurs yeux brillants de prières suppliantes, c'est leur âme d'être humain qui parlait". Podemos ver el paso de lo concreto español a lo más abstracto francés.

Creo que aquí interviene "el feeling" del traductor que lo lleva a ordenar distintamente las palabras. André Gide daba ya el consejo de traducir frases y no palabras ya que la elección se efectúa entre una traducción exacta y una traducción inexacta:

"A mí no me quitaría el sueño un pasquín que nadie lee." (*La Mala Hora*, p. 75);

"Moi, ça ne m'empêcherait pas de dormir une affiche que personne ne lit."

Podemos notar que la mayoría de las veces, el traductor da consistencia (eso es lo que Vinay llama "étouffement") para respaldar el original: "Y no sólo lo pensaba sino que lo comprendía. ¡Y de qué manera!" (E. Sabato, *Sobre héroes y tumbas*, p. 13)

Lo traduce Jean-Jacques Villard (bajo el título *Alexandra*): "Il ne se bornait pas à le penser, il le comprenait aussi, et combien!"

Un procedimiento muy interesante también en la traducción es la **modulación**. Se trata de una variación obtenida al cambiar el punto de vista, al enfocar de otra manera y muchas veces al utilizar otra categoría del pensamiento.

Pero esa alegación me la sugieren unas reflexiones acerca del mecanismo que consiste en aplicar a la traducción unas reglas estudiadas.

Una joven española escogió como tema de su tesina la traducción al castellano de un cuento de Jean Giono, *Le petit garçon qui avait envie d'espace*. Al dar con la frase: "Il eut très peur, son ventre se serra.", ella moduló y tradujo: "Sintió mucho miedo, se le puso un nudo en la garganta." Aunque no me choca nada, no puedo consentir en decir que aquí tenía que "modular". ¿No conocemos en francés "sentir un noeud dans la gorge" o "sentir sa gorge se nouer"?

Puede que este procedimiento sea el más fino ya que ocurre a veces que una traducción correcta gramaticalmente choque el carácter, la índole del idioma hondamente conocido. A veces resulta difícil explicar el por qué, sólo porque no se suele decir:

"... Se sentó con las piernas abiertas, el fusil atravesado sobre los muslos, *sin descuidar la vigilancia*." (*La Mala Hora*, p. 68);

"... Il s'assit les jambes ouvertes avec le fusil posé sur ses cuisses, tout en restant sur ses gardes."

La equivalencia participa de la misma concepción que la modulación. Pero se impone de una vez, reconocido el valor del segmento que traducir. Plantea este procedimiento un reconocimiento de la imposibilidad de la traducción literal. Interviene este sistema para que los dos textos de la lengua de origen y de destino den cuenta de una situación semejante, a despecho de las divergencias estructurales y metalingüísticas. La mayoría de las veces, dichas equivalencias son estereotipadas. Los ejemplos más típicos son los refranes y máximas:

"A gran seca, gran mojada." (*Los Perros hambrientos*, Ciro Alegría);

"Année de sécheresse a toujours fait richesse."

Notemos que aquí además hay un caso de adaptación.

"Yo lo que quiero es devorar el espacio en un visto y no visto."
(Javier Fernández de Castro, *Cuentos del Señor de la Lluvia*;

"... en moins de temps qu'il ne faut pour le dire."

Eso no quiere decir que no hay más que una sola traducción. Aquí interviene la actividad creativa del artista. También se podía traducir "en moins de deux".

¿Cómo reacciona el traductor cuando da con una expresión creada por el propio autor, expresión que no figura en ningún diccionario? Lo esencial, creo yo, es entender lo que se quería expresar e intentar dar a entender lo mismo en la lengua de destino.

Cuando, en 1958, por boca de León Felipe, reconocían los poetas exilados: "Nosotros no nos hemos llevado la canción", pensaban que en España también quedaban unos valores seguros. Pero, ¿sería oportuna y clara una traducción literal? ¿No será el traductor, más apto que su lector para barruntar lo escondido del texto, para facilitar la comprensión, diciendo por ejemplo: "Nous n'avons pas emporté toute la poésie"?

Es obvio que un procedimiento frecuente de equivalencia se aplica cada vez que el texto presenta un carácter global en el mensaje. Para los refranes y las expresiones idiomáticas no se puede exigir una traducción propiamente dicha, que resulta imposible.

"On sait que, généralement, faute de grives on mange des merles." (*Le petit garçon qui avait envie d'espace*);

volverá a ser:

"Se sabe que, generalmente, a falta de pan buenas son tortas."

¡Cuántas veces, al componer el "DICHO", tropecé con esos problemas de más o menos equivalencias, según el caso, según el contexto!

Sólo citaré un ejemplo:

"Estoy harto de andar por ahí, sin dar golpe" (Juan Goytisolo);
"... un oficio ideal para no dar golpe y ganar los cuartos que quieras..."
(Juan Goytisolo).

Me pareció más oportuno en el primer caso traducir por "J'en ai assez d'être ici, sans rien foutre." y, en el segundo, "un travail idéal pour te la couler douce et gagner beaucoup d'argent".

¿Cómo resolver este juego de palabra? Por ejemplo: "Milagro fue que la criatura no se rompiera la crisma en el suelo antes de recibirla en la iglesia." (E. Caballero Calderón, *Siervo sin Tierra*)

Cuando se sabe que "crisma" tiene dos sentidos en español: el aceite consagrado y la cabeza. Pero no en francés.

Sin duda alguna, la comprensión de un texto queda muy subjetiva, de eso estoy convencida. Pues si traducir es una ciencia, es también un arte que solicita la personalidad del artesano y recurre a las subtilidades inherentes a su conocimiento de las lenguas de origen y de destino de manera a utilizar todos los recursos con el fin de reproducir el mensaje lo mejor posible. Pero no perdamos de vista que ya este mensaje es subjetivo así como la versión nueva. La traducción, como lo dije, no sólo es la

aplicación de unos procedimientos técnicos, mecanismos casi automáticos, sino también la aplicación de la libertad de elección que hace de la tarea una actividad creativa. De ahí la dificultad y el interés de este trabajo que exige mucha humildad y mucha perseverancia. Nunca se acaba el enriquecer un idioma. Y si resulta a veces desalentador, más a menudo provoca gozo.

La adaptación atañe sobre todo el campo del mensaje. Una situación dada en la lengua de origen no existe en la lengua de destino y obliga a crear algo parecido. Equivalencia de situación. En la práctica, con este procedimiento, el traductor puede dar rienda suelta a su fantasía. Se me presentó el caso, hace años ya, cuando tuve el propósito de llevar al escenario unas obras de Alfonso Paso cuyo éxito en aquel entonces me fascinaba. Pero, al poco tiempo, me percaté de que no "pasaba" el mensaje. No se podía entender unas alusiones a la vida cotidiana madrileña, unos juegos de palabras. ¿Qué remedio le queda al presuntuoso traductor entonces? Adaptar la obra. Es decir hundirse en el texto original hasta impregnarse por completo, sentirlo, presentirlo, utilizando todos sus sentidos agudizados. Que reviva la escena como si tuviera que representarla en una película, sin mentiras, sin violaciones, lo más naturalmente posible.

Pero, ¿cómo reaccionar cuando el original está mal escrito? En una carta dirigida a un alumno que preparaba la tesina sobre la literatura fantástica, el autor uruguayo de unos cuentos recogidos bajo el título de *La máquina de pensar en Gladys*, Mario Levrero confesaba: "está mal escrito (no quise corregirlo para su publicación, porque surgió muy espontáneamente) pero desarrolla una idea estupenda. Por eso no quise yo descartarlo, pero me pregunto si el traductor no tiene el derecho – si el autor está de acuerdo – de volver a escribir tal obra al verterla a otro idioma". Está planteado el quisicosas. ¿Tiene el traductor el derecho – hasta el deber – de corregir la obra de su autor?

Sin vacilar, yo respondería, tajantemente, "no". Pero, si se trata de aclarar problemas metalingüísticos, de que hablamos ya, entonces vendría bien ayudar al lector, adaptando una situación para una mejor comprensión.

Ya sabemos que el español es un idioma que utiliza mucho las imágenes, las metáforas, los aumentativos que no podríamos traducir al francés sin caer en lo grotesco, en lo cursi.

Acabamos con estos problemas que se plantean a menudo, que se resuelven a veces. Sería interesante – y puede que me anime a hacerlo – comparar las técnicas de unos afamados traductores. Podríamos ver que se separan en dos escuelas. Una que hace del traductor un mero servidor cuya única libertad es la fidelidad. Otra que opina que el texto tiene que sonar como si hubiera sido escrito de una vez en la lengua de destino. Al fin y al cabo, a pesar de las dificultades, tenemos que optar por la actitud razonable que se sitúa entre los extremos: ser fiel pero tendiendo a la mayor fluidez y a la mejor soltura en el respeto del mensaje.

BIBLIOGRAFIA

- Aldecoa, Ignacio
1982 *Cuentos*. Madrid.
- Alegria, Ciro
1962 *Los perros hambrientos*. París.
- Bombín, Elena
1971 *Nuestros idiomas; comparables e incomparables*. Madrid.
- Caballero Calderón, Eduardo
1967 *Siervo sin Tierra*. Barcelona.
- Delibes, Miguel
1966 *Cinco horas con Mario*. Barcelona.
- Dethier-Rongé, Mady
1983 *Dictionnaire d'hispanismes*. Lieja: L.A.S.L.A.
- Díaz-Plaja, Guillermo
1975 *Tratado de la melancollas españolas*. Madrid.
- Fernández de Castro, Javier
1977 *Cuentos del señor de la lluvia*. Barcelona.
- García Yebra, Valentín
1982 *Teoría y Práctica de la Traducción*. Madrid.
- Giono, Jean
1978 *Le petit garçon qui avait envie d'espace*. París.
- Haensch, G.
1982 *Manual de lexicografía*. Madrid.
- Levero, Mario
1970 *La máquina de pensar en Gladys*. Montevideo.
- Lorenzo, Emilio
1980 *El español de hoy, lengua en ebullición*. Madrid.
- Moliner, María
1967 *Diccionario de uso del Español*. Madrid.
- Pillement, Georges.
1934 *La Voragine*. París.
- Real Academia Española
1956 *Diccionario de la lengua española*. Madrid.
- Robert, Paul
1966 *Dictionnaire alphabétique et analogique de la langue française*. París.
- Sábato, Ernesto
1961 *Sobre héroes y tumbas*. Buenos Aires.
1967 *Alejandra*. Traducción de J.J. Villard. París.
- Vinay, J.P. y J. Darbelnet
1958 *Stylistique comparée du français et de l'anglais*. París.
- Zárate, Jesús
1973 *El Cartero*. Barcelona.